

POMPEYA Y HERCULANO EN LAS CARTAS FAMILIARES DEL PADRE JUAN DE ANDRÉS (1787)

SONIA CALLE MARÍN
Lcda. Universidad de Alcalá

RESUMEN

A partir de 1738, y a lo largo de todo el SIGLO XVIII, se lleva a cabo la “gran aventura arqueológica de Carlos III” en Herculano, Pompeya y Stabia. Las maravillas que encerraban estas ciudades, se dan a conocer gracias a los innumerables viajeros llegados desde todos los rincones europeos hasta Italia. Este fue el caso del jesuita español Juan de Andrés, quien relata sus impresiones sobre Nápoles, Herculano y Pompeya en sus *Cartas familiares* enviadas a su hermano don Carlos y a través de las cuales encontramos todas las características de la literatura ilustrada de viajes.

SUMMARY

From 1738, and throughout the 18th Century, the “Carlos III’s great archaeological adventure” took place in Herculano, Pompeya and Stabia. The wonders that these cities contained, were made known due to the numberless travellers who came from every European place and arrived in Italy. This was the case of the Spanish Jesuit Juan de Andrés, who narrates his impressions about Naples, Herculano and Pompeya in his *Cartas familiares* sent to his brother Don Carlos. Through them, we find all the characteristics of the illustrated travelling literature.

El relato de viajes es un género que se ha visto repetido a lo largo de toda la historia de la literatura, ya en la primera gran obra literaria, esto es, la *Odisea* de Homero, tenemos incluida la narración de un largo y fatigoso viaje de vuelta a casa en donde el héroe aparece junto con algunos otros elementos que posteriormente se convertirán en clásicos tópicos literarios como el naufrago, los seres maravillosos, las islas fabulosas o los increíbles tesoros. De este modo la tradición continuará a lo largo de toda la Edad Media y Moderna pero será a las luces de la Razón, en el SIGLO XVIII cuando paralelamente a este tipo de relatos fantásticos surgirán otros reales en los que se describan grandes viajes, “proporcionando al ejercicio de la Razón -como bien dice Gaspar Gómez de la Serna- la primera materia de la realidad, sentando las bases de una futura ciencia: la sociología”¹. Ahora el hombre viaja con la finalidad de conocer, mediante la observación directa del mundo en el que vive aprende de los pueblos, de sus costumbres incluyendo de esta manera el viaje ilustrado en la filosofía propia de su tiempo². La eterna curiosidad de los hombres ilustrados les llevará, durante el llamado *Settecento*, a realizar maravillosos viajes, es ésta la época del *Gran Tour*. Comienzan entonces las grandes exploraciones alrededor del mundo en busca del descubrimiento de la tierra misma y de los grandes océanos; los destinos de los grandes exploradores ahora son mucho más pretenciosos: Tahití, La Perousse³ ... aunque frente a estos increíbles destinos tenemos otros que forman ya parte de una larga tradición tanto desde el punto de vista pedagógico como coleccionista: Francia, España... serán nuevamente centro de una larga literatura, aunque el gran viaje será siempre a Italia, el país donde nació el arte, en donde encontraremos a partir de este SIGLO XVIII y con los nuevos descubrimientos arqueológicos, grandes e impresionantes nuevos destinos, así a partir de este momento se incluirá en el *giro* la bella Nápoles en la que destaca la eterna Pompeya, ciudad que sobrevivió a una gran sepultura de cenizas volcánicas.

Tras su llegada a Nápoles en 1734, el futuro monarca español Carlos III comienza lo que se ha venido llamando “su gran aventura arqueológica”. A

¹ GÓMEZ DE LA SERNA, Gaspar: *Los viajeros de la Ilustración*, Alianza Editorial, Madrid, 1974, p. 11.

² MORALES MOYA, Antonio: “Conocimiento de la realidad y pretensión reformista en el viaje ilustrado”, en GÓMEZ MENDOZA, Josefina: *Viajeros y Paisajes*, Alianza Editorial, Madrid, 1974, p. 21.

³ BROSSE, Jacques: *La vuelta al mundo de los exploradores: los grandes viajes marítimos, 1764-1843*, Ediciones del Serbal, S.A., Barcelona, 1985.

partir de 1738, año en el que dan comienzo las excavaciones y durante todo el SIGLO XVIII se llevarán a cabo sistemáticamente los descubrimientos, a destacar, de Herculano, Pompeya y Stabia, entre otros muchos hallazgos. De entre las tres la que a lo largo del tiempo ha pasado a ser la protagonista indiscutible del evento ha sido la ciudad de Pompeya, lo cual no es de extrañar si tenemos en cuenta, por ejemplo tomando el caso de Herculano, que las visitas a ésta última han sido prácticamente imposibles hasta la actualidad, debido a que en su mayoría las excavaciones eran subterráneas por la existencia de una nueva ciudad sobre sus cenizas. Pompeya, sin embargo, no se vería aprisionada por más tiempo en su tumba de dieciocho siglos sino que pocos años después de su descubrimiento el insigne ingeniero español Francisco de la Vega la sacaría a la luz para deleite de todos. Años más tarde, en 1787, Goethe ante tal visión escribiría: “nunca otra tragedia dió tanto placer a la humanidad” y es que si para nosotros no deja de ser espectacular para los viajeros del XVIII y XIX era todo un premio llegar ante tal panorama después de un largo y fatigoso viaje a través de tierras italianas, “es imposible- decía Blasco Ibañez- ver en Pompeya unas ruinas. Es aún la ciudad del primer siglo días antes de la erupción, en la que entran por arte mágico los hijos de la edad moderna...”⁴.

Pompeya surgirá, por tanto, de sus cenizas, para ser fuente de inspiración de grandes literatos, entre los cuales destacaremos en este artículo al jesuita español Juan de Andrés (Planes, Alicante 1740- Roma 1817) por dos razones indiscutibles: en primer lugar porque tras una experiencia italiana de 18 años, Juan de Andrés se decide a viajar por todo el país dando fe de sus experiencias a su hermano don Carlos en una serie de cartas familiares en donde las descripciones de los lugares visitados son de una exquisitedad absoluta, en donde aparecen continuamente alusiones a personajes de la época, consiguiendo de este modo a través de la lectura de sus páginas trasladarnos en el tiempo, conociendo así la vida cotidiana de toda una época; en segundo lugar hemos escogido sus cartas porque no deja de ser interesante la descripción y valoración que hace de las excavaciones vesubianas teniendo en cuenta que años después de su primera estancia José Bonaparte le nombra director de la Real Biblioteca

⁴ MELIDA, Jose Ramón: “Una noche en Pompeya”; texto: Ricardo Olmos, *Revista de Arqueología*, año XIV, n° 144, abril 1993. p. 54.

de Nápoles y con el restablecimiento de la Academia Herculaneuse lo nombrará primer académico y posteriormente secretario perpetuo de la misma⁵.

De entre los cuatro volúmenes que ocupan sus cartas⁶ hemos seleccionado por consiguiente las dos que hacen referencia a su estancia en Nápoles (la XII, XIII, XIV del segundo volumen) y más concretamente a su experiencia en las excavaciones que visitó de manera privilegiada de la mano de Francisco de la Vega, director de la mismas que a pesar de no ser un dechado de amabilidades con este ilustre visitante, derrochó una inusitada cortesía⁷ y es que como se desprende através de su relato una de las cosas que le sirvieron de consuelo al jesuita fue verse siempre rodeado de españoles, así “el padre Ximenez, Carmelita y Asistente de España en Roma apenas supo que yo iría a Nápoles escribió el Prior de un Convento de Españoles de su religión, para que me preparase el mismo alojamiento que se da a su Paternidad quando va allá... Delante del Convento habitaba el Español D. Antonio Isasi, Oficial de la Secretaría de Guerra, que quería tenerme en su casa a comer y cenar... Estuve a comer con el General Don Juan Roca, valenciano, y no fui a casa de otros Españoles porque no tuve día libre... Mi compañero por la Ciudad era un Padre Onofri de la Congregación que ha estado algún tiempo en Madrid, a donde acompañó una sobrina, y donde recibió favores del Sr. Infante D. Gabriel, como de otros de la Corte, y creo que una pensión de S.M. por todo lo qual se trata casi como Español. Fuera de la ciudad me acompañaba un Oficial del cuerpo de Cadetes llamado Don Carlos Ferrer, nacido en Nápoles, pero hijo de Españoles. El director del museo de Pórtici. La Vega, hijo de Español; el de las excavaciones de Pompeya Perez Conde. Español, y en todas partes encontraba Españoles”. A pesar de su corta estancia, tan sólo 13 días en Nápoles Juan de Andrés no tuvo tiempo de reposo “corrí tanto, y ví tantas cosas, que yo mismo me pasmaba de poder hacer aquella vida sin daño de mi salud” y es que con tan insignes acompañantes y con tanta maravilla no es de extrañar el dicho italiano *Vedi Napoli e poi muori*, aludido no sólo por Andrés sino también por el gran Goethe en su *Viaje a Italia*. En el breve tiempo de estancia el Padre Andrés tuvo

⁵ FERNÁNDEZ MURGA, Félix: “Pompeya en la literatura española”, extracto de los *Annali Dell'Istituto Universitario Orientale, Sezione Romanza*, Nápoli, 1965, p. 11.

⁶ ANDRÉS, Juan de: *Cartas familiares del Abate Don Juan de Andrés a su hermano Don Carlos de Andrés, dándole noticia del viage que hizo a varias ciudades de Italia en el año 1785*, publicadas por el mismo Don Carlos, Imprenta de Sancha, Madrid, 1791, vol IV.

⁷ FERNÁNDEZ MURGA, Félix, *op. cit.*, p. 9.

ocasión de ver distintos lugares: en primer lugar visitó distintos palacios reales como el Palacio de Capo di Monte “es un bellissimo Palacio, de los mejores o tal vez la mejor fábrica de Nápoles, hecho construir por nuestro Rey... la arquitectura, la vista y la situación son excelentes pero ahora todo aquel Palacio está reducido a servir de Museo, galería y Biblioteca...; o el de Caserta, el cual podría considerarse como uno de los más ricos del mundo comparado con Aranjuez, San Ildefonso o Versailles”, así “vistos los quartos reales, Capilla, teatro y otras piezas particuales de aquel Palacio, me entretuve en ver dos salas que se pueden llamar un pequeño museo, llenas de bustos, estatuas, y algunas colosales, de baxos relieves y de inscripciones, habiendo algunas piezas dignas de consideración, que creo se tienen allí como depósito para irlas colocando donde se juzgue oportuno para ornamento de aquel Palacio”. Al mismo tiempo y en segundo lugar acudió a Capua, Pozzuolo, las Villas de Cicerón, de Hortensio, de Mario, de Pompeyo, el puerto de Baya, Bauli, Cumas, el promontorio Miseno y finalmente Pompeya y Herculano. En la carta XIV comienzan específicamente las noticias de Herculano cuyo descubridor y mecenas, Carlos III “será inmortal en los fastos de la literatura, y mientras dure el estudio de la antiquaria vivirá en las bocas y plumas de eruditos” porque hemos de reconocer que lo que se llevó a cabo en Nápoles no era simplemente una cuestión de coleccionismo sino que iba más allá: lo que se halló entonces fue la vida cotidiana de toda una época de ahí la importancia del hallazgo.

A los pies del monte Vesubio, en la costa oriental de Nápoles, existía en la Antigüedad una ciudad llamada Herculano “que otros dicen Heraclea, llamada así en honor de Hércules. Esta ciudad en el año 63, baxo el consulado de Regulo y de Virgilio, sufrió un terremoto que la arruinó en gran parte..., pero en el año 79, haciendo el Vesubio una furiosa erupción, la primera que se halla descripta por los escritores, y la misma en que murió Plinio el mayor... entró la lava en Herculano, y la sepultó enteramente. Así quedó por muchos siglos, hasta que el año 1711 fabricando el Príncipe d’Elbeuf, General al servicio del Emperador, una casa de campo, se hallaron tantas columnas, estatuas y otras antigüedades que hizo mucha impresión a los eruditos, y se empezó a decir que aquellos eran residuos de la antigua Herculano; pero por entonces no se pasó adelante en la excavación”. Debido a las dificultades políticas a las que estaba sometida Europa en este momento, los pozos fueron abandonándose hasta la llegada de Carlos III en 1734, el cual convencido por las antiguas noticias, por el ingeniero Alcubierre y por su propia esposa, María Amalia de Sajonia comenzó a financiar las obras. “Desde luego se encontraron algunos pedazos de estatuas equestres de

bronce, y otras estatuas de marmol, algunas piolastras, y una escalera que conducía á un teatro, y poco después algunos fragmentos de una grande inscripción en la que se veía que un tal L. Annio Mammiano había hecho fabricar el teatro y la orquesta, y que un tal P. Numisio fué el arquitecto”. En vista de todos los hallazgos el monarca se fue animando y poco a poco se obtuvieron nuevos hallazgos: el teatro, un templo, un horno “con una especie de pastel que se deshizo luego que le dió el ayre, y un pan que todavía se conserva”, se encontraron otras muchas estatuas de marmol y bronce, adornos propios de mujeres, instrumentos de labranza, de sacrificios, de la cocina, de soldados y muchas pinturas. “Este tesoro de erudición, que se halló en tan corto tiempo, excitó el deseo de nuevos descubrimientos, y se dió principio a las excavaciones de Stabia y de Pompeya. Algo se halló en Stabia pero no comparable con lo mucho que continuamente se estaba descubriendo en Pompeya”. Las emociones que nos transmite el padre Juan de Andrés en su visita a Pompeya son de un incalculable valor: “Unas tres leguas distará de allí Pompeya, pero en aquellos calesines se va en un momento. Se pasa por Resina y Torre del Greco que ahora están unidos con Pórtici; se va siguiendo la falda del Vesubio, y se ven frescos residuos de sus últimas erupciones. Se pasa por Torre de la Anunciata y se llega a Pompeya. ¡Oh qué nuevo y desconocido placer tuve yo aquella mañana! Este es de aquellos gustos que no se pueden experimentar en otra parte y que no pueden explicarse con palabras a quien no los ha sentido por sí mismo”. Ante la misma perspectiva e igualmente emocionado escribía en las memorias de su viaje por Italia el 13 de marzo de 1787: “No conozco nada que sea más digno de interés”.

Juan de Andrés entró en la monumental Pompeya atravesando primero la famosa Vía de los Sepulcros y a continuación la “Puerta de Herculano”, maravillándose ante la impresionante Pompeya de grandiosos monumentos, atento, como buen ilustrado ante el gran espectáculo prestaba su oído y su ojo a tanto prodigio (“*Un buon orecchio per la musica moltiplicherá il diletto di suo viaggio italiano; ma un occhio sensibile e ben esercitato, che sappia dominare il paessaggio, cogliere il valore di un quadro e calcolare le proporzioni di un edificio, é legato in maniera ancor più intima alle sublimi sensazioni dello spirito, mentre l'immagine fuggevole potrà essere definita e fissata grazie all'abile impiego del pennello*”⁸).

⁸ BRILLI, A.: *Il viaggio in Italia: storia di una grande tradizione culturale dal XVI al XIX secolo*, Silvana Editoriale, Milano, 1989, p. 45.

Concluyendo este breve artículo sacaremos una serie de conclusiones: la obra del Padre Andrés es una obra que podemos considerar no sólo literaria sino también histórica, ya que, como hemos venido observando, es una amplia descripción de un tiempo y un lugar. Al mismo tiempo en las *Cartas familiares* nos encontramos todas las características de la literatura ilustrada de viajes: la experiencia dura de un viaje a etapas, el contacto con la naturaleza, la euforia del viaje a Italia o la descripción minuciosa de monumentos de las Bellas Artes, al mismo tiempo que un sentido crítico de lo que se observa, tal es el caso de las pinturas que reflejan arquitecturas figuradas en la ciudad de Pompeya.

Si bien las memorias de los viajes ilustrados son un ejemplo a seguir, estas cartas son al mismo tiempo un ejemplo incomparable de este tipo de literatura de nuestro país.